

El peor tirano de la libertad de imprenta es el abuso que de ella se hace.

Pablo Butrago.

LA PALABRA.

Periódico General.

La libertad, como un río, cuando tiene ancho cauce, marcha sossegadamente en su camino, reflejando serena los arboles del cielo; pero cuando se le encierra, cuando se le comprime, como las aguas, rompe sus diques y todo lo inunda y lo destroza.

E. Castelar.

Director,
BELISARIO CALDERON.

San Salvador, Agosto 1.º de 1881.

Administración: esquina N. O. del
Parque de Morazan.

“LA PALABRA.”

Una fiesta de la Justicia.

En nuestro número anterior, al publicar el retrato y biografía del sabio centro-americano Doctor PABLO BUTRAGO, deplorábamos la indiferencia con que los hijos del Salvador permanecían ante el anciano maestro de la juventud de nuestra amada patria y hacíamos reminiscencias de las grandiosas manifestaciones de que han sido objeto en algunos pueblos cultos, varios de sus géneos inmortales. Deplorábamos la fría impassibilidad de nuestros compatriotas respecto al Decano de los amantes de la instrucción; pero uno de sus mas aventajados discípulos, el jóven Estéban Castro, se esfuerza por demostrar que en las playas cuscatlecas aun tienen afiliados la justicia y la gratitud y, pronunciando estas sublimes palabras ante los nobles estudiantes de la Universidad Central, éstos responden con entusiasta regocijo á tan loable demanda que traducía sus mas pronunciados sentimientos y el promotor, secundado por aquel gremio, legítimo porvenir salvadoreño, y su digno hermano, favorecido, tambien con abundancia, por las productoras lecciones del profesor, dispone en honra de éste una espléndida ovación “como débil muestra del reconocimiento y aprecio á que es acreedor por los importantes ser ícios prestados, con celo infatigable, al progreso intelectual del país”, según se leía en la excitativa que, con profusion, circuló entre todas las esferas sociales, suscrita por los alumnos universitarios que tambien invitaban para felicitar á su Rector, General Luciano Hernandez, por la distincion con que acababa de ser honrado por el Honorable Consejo de Instruc-

cion Pública al conferirle el título de Doctor en Jurisprudencia.

En efecto: á las 6 de la tarde del día 23 del mes que acaba de espirar, en el Parque central, punto de partida, se oía el grato clamor de los hijos de la ciencia que confundían sus entusiastas victores al Doctor BUTRAGO, á quien aman filialmente, con los acordes de la banda marcial que en el espacio se perdian despues de enardecer la gratitud y el cariño de los amigos de la justicia que la rendian con vehemencia al inolvidable Dr. BUTRAGO. ¡ Conmovedor espectáculo de que nace este pálido bosquejo, aunque acaba de ser descrito con pincel maestro en el semanario “La Discusion” por el mismo que dispusiera esa fiesta de la justicia. Media hora despues, las calles que conducen á la modesta habitacion del sabio, se pueblan con un numeroso concurso en que se ven en fraternal union todas las clases de la sociedad que, en agitación creciente, no cesaban de manifestar su amor al que era la causa de aquel solemne homenaje. Mas nosotros caminábamos embargados por una mezcla de alegría y de temor: aquella, porque veíamos que se llenaban en parte nuestras ardientes aspiraciones, y éste porque, conociendo la exquisita ternura del corazon del anciano que abriga la sensibilidad del niño, nos alarmaba la fatídica idea de que la emocion que le causara tan espontánea muestra de aprecio, hiciese algun daño á su delicada constitucion.

Ya llega el grupo ante el amable y modesto sabio, cuya figura se destaca con majestuosa bondad: el entusiasmo crece, las exclamaciones aumentan y multiplican sus latidos los corazones; mas viene en pos el silencio, y era porque en la tribuna, colocada en lugar aparente con el retrato del anciano jóven, aparecía Teodosio Carranza, llevando la palabra á nombre de los estudian-

tes. Ordenadamente le suceden Joaquín Méndez, leyendo las preciosas redondillas que en otro lugar colocamos, en representación de la naciente sociedad de ensayos literarios "La Juventud", Manuel Barriere, que habla comisionado por los mismos que nombraron al primero. Enrique Martí y Pedro Bonilla que pronuncian el uno bellas estrofas y el último una expresiva oración que en seguida insertamos, ambos cediendo al supremo mandato de sus almas agradecidas; Barriere vuelve á ocupar la tribuna y dá lectura á un soneto que el poeta Juan J. Cañas dedicaba al Doctor BUITRAGO; y como para que nada faltase, á última hora se escucha la tímida voz del jovencito Manuel Recinos, en el cual veíamos representados á los tiernos adolescentes alumnos del Doctor BUITRAGO. Felices, muy oportunos estuvieron en el uso de la palabra los intérpretes de los sentimientos generales: no podía esperarse otro resultado; la gratitud les inspiraba y era un poderoso auxiliar de sus privilegiadas inteligencias. El Doctor BUITRAGO á impulsos de su alma ardiente, en quien no han podido los años gastar los purísimos sentimientos de la edad de las ilusiones, ni el fuego divino del orador, no puede dominar la emoción, le parece imposible soportar que el acto concluya, y conmovido, verdaderamente inspirado, después que el joven Martí recitara su composición, el respetable anciano, aunque presa de una calentura que en esos momentos le acometía, nos regala con una improvisación brillante en que se hermanan la sublime entonación, la arrobadora elocuencia, la erudición del sabio, el lirismo, el fuego del poeta y esa expresión característica que en sus discursos imprime el afamado orador; pero á qué emitir nuestro atrevido juicio, cuando nuestros lectores apreciarán el extracto que de esa pieza les ofrecemos en las páginas de esta publicación? A la palabra de los que ocupaban la tribuna sucedían las dianas y las exclamaciones de los concurrentes que proclamaban al maestro como el ídolo de la juventud, y batían palmas, victoreando á los jóvenes que henchidos de íntima satisfacción, coronaban con respeto las nobles sienes del sabio con las mismas flores de la inteligencia que él había hecho nacer en los generosos corazones que estallaban de gozo al poder ofrecerlas, como justas primicias, al hábil jardinero que supo escoger

el terreno para cultivar esas tiernas plantas que ya florecen, enviándole risueñas sus vírgenes perfumes.

El cielo que se cubrió de luto como deplorando la ancianidad del benefactor de la juventud, no dió lugar á que continuara la expansión de los que asistían á aquella fiesta y tuvieron que retirarse, no sin ser obsequiados, una parte, por el Dr. BUITRAGO como cumplía á un caballero de su cultura.

Mas los estudiantes tenían que hacer pública su demostración de simpatías al ilustrado General Luciano Hernandez por el título superior con que le había honrado el respetable cuerpo de Instrucción Pública, y se encaminaron frente á la casa del nuevo Doctor, en donde, ocupando la tribuna Salvador S. Araníva por el cuerpo estudiantil y Claudio Ochoa por la sociedad "La Juventud," y algunos otros jóvenes, llamados por la concurrencia, pronunciaron discursos análogos á la felicitación que iban á tributar al inspirado y elocuente orador, General Hernandez. Una repentina indisposición privó al que estas líneas escribe de asistir á ese acto, pero estamos informados de que fué magnífico, pues en él demostraron sus buenas dotes las personas que hablaron; habiéndose distinguido por su potente y dominante voz el felicitado que acababa de escuchar los mas entusiastas elogios y cumplidos parabienes. Tambien el Dr. Hernandez obsequió con galantería á una parte de los que formaban la concurrencia.

"La Palabra" se llena de legítimo orgullo, no abrigando el pensamiento de que su iniciativa haya tenido eco, sino por la coincidencia de sus aspiraciones con los promotores de la ovación al Doctor BUITRAGO. Mas, seríamos injustos si no felicitásemos cordialmente á nuestro querido amigo Estéban Castro, que dispuso la fiesta, y á los jóvenes que acogieron con entusiasmo esa idea inspirada por la gratitud y la justicia, convirtiéndola en una hermosa realidad que servirá de poderoso estímulo á los que rinden culto á la ciencia, siendo un blason de legítima gloria para el pueblo salvadoreño.

Señores :

Confundido me siento al encontrarme en este lugar, en donde hemos oído defender con sublime lenguaje los eternos principios

de la moral y el derecho, donde la armoniosa lira de los poetas ha despertado nuestro sentimiento, ora cantando la gloria de los héroes, ya deplorando la temprana muerte de algun vate esclarecido; en fin, en este lugar en que hemos visto levantarse la figura de un anciano venerable, de un sabio centroamericano, cuya arrebatadora palabra ha sabido llevar á nuestra razon el convencimiento y el entusiasmo al corazon. Y entónces ¿cómo atreverme á profanarlo? ¿será porque me crea digno de ocupar vuestra atencion? no, mil veces no; no he hecho mas que obedecer el impulso de un sagrado sentimiento, de un sentimiento que debe existir en todo aquel que comprenda cuánto se debe al hombre que con sus sabios consejos ha tratado de dirigirnos por el sendero de la verdad, al que se ha esforzado por sacarnos vencedores en la formidable lucha de la luz contra las tinieblas.

Y aquí teneis á ese hombre, que es el Mentor de la juventud salvadoreña, ese hombre á quien la nieve de los años ha emblanquecido su cabello, pero que ha sido impotente para enfriar su corazon, para apagar ese fuego que dá tan alto temple á la energía de los sentimientos humanitarios que reinan en su alma.

No solo Víctor Hugo ha tenido corazon para amar á la humanidad, tambien Pablo Buitrago ha abierto á todos las puertas del santuario de su amor. Su carácter amable, dulce, cariñoso, ha hecho que su nombre vuele en alas de la fama hasta la mas apartada choza de nuestros labriegos, quienes le pronuncian con respeto.

Cuántos hombres al ocupar un pequeño puesto en la sociedad se llenan de vana presuncion y ven á los demas como insignificantes pigmeos! El Señor Buitrago por el contrario, ha tendido siempre su mano de la misma manera al grande que al pequeño, al rico que al proletario; y por eso le buscan éstos llenos de confianza, sin el temor que les hace temblar cuando tienen que presentarse á los primeros.

Ha sido condescendiente en todo aquello que no haya afectado la rectitud de sus ideas, así como ha sabido oponerse con dignidad siempre que se ha tratado de violar los principios del derecho en sus várias ramificaciones.

Aun está fresco el recuerdo de un acto en que demostró el Señor Buitrago tener una alma grande, recuerdo que es doloroso

para nosotros, pero que es necesario manifestarlo, porque es para él un timbre más que sublima la gloria que ha alcanzado. Se trataba de firmar un pacto poco honroso para nuestra patria y despues de haber luchado con heroismo por la no aceptacion de tal documento y viendo desvanecidas sus esperanzas, se levantó y con divina inspiracion dijo al Supremo Mandatario de aquel entónces: "si U. firma ese tratado se hará reo de alta traicion: U. solo tiene energía para firmar su debilidad."

En cuanto á la enseñanza, él ha sacrificado hasta las horas del reposo por ilustrar y civilizar á los tiernos vástagos de la patria de Delgado y Morazan, tendiendo con ello al sosten de la libertad, de la soberanía nacional, porque un pais será tanto mas libre cuanto mas ilustrados sean sus hijos, porque conociendo mejor sus derechos sabrán mejor hacerlos respetar. *Aunque tal vez, Señor Buitrago, tengais el pesar de vernos en el eterno suplicio de Tántalo, porque la libertad es para nosotros lo que las aguas á los ardientes labios de aquel.*

Ah! señores, treinta años de constante afán, treinta años se han sucedido uno en pos de otro y siempre han encontrado en nuestra Universidad, desempeñando el tan digno como difícil sacerdocio del magisterio al eminente jurisconsulto Buitrago; siempre han encontrado al Orador natural, ardiente y persuasivo, difundiendo las luces por doquiera. ¿Y esto no será acaso suficiente para merecer la corona de la inmortalidad? ¿Pues no se hacen tantos honores, no se levantan monumentos, no se erigen estátuas á gobernantes que si han hecho algunos bienes á los pueblos que les confieran sus destinos, por otra parte les han causado males sin cuento? y que al mártir del deber, al que ha consagrado por completo su existencia al servicio de sus semejantes y al que ha respirado solo amor no le hemos de rendir el homenaje que se le debe, no le hemos de manifestar siquiera nuestro reconocimiento? Entónces, la justicia marcaría nuestra frente con el oprobio y con muchísima razon se nos llamaría ingratos!

Pero no, respetable maestro: no queremos que se nos aplique un epíteto tan odioso, no somos indiferentes á nuestros benefactores. Así como sabremos levantar nuestra cabeza contra los que pretendan conculcar nuestros derechos, tambien sabemos inclinarla ante la ciencia productora. Aquí

teneis, Señor, la demostracion mas ingenua de la verdad de mis expresiones. Lo que veis, aquí, no es una turba de aduladores que busquen algun sórdido interés, es una multitud de jóvenes en cuyas almas no tiene cabida la adulacion que degrada, el servilismo que mata.

Convencidos estamos, que lo que hacemos es muy pequeño para pagar vuestra abnegacion, vuestros servicios, pues ellos son inapreciables; pero sírvanos siquiera, como una prueba de que no olvidamos al incansable servidor de nuestra patria.

Si dado nos fuera detener el magestuoso paso de los tiempos, lo haríamos gustosos para prolongar vuestra existencia y os convenceríais entónces de que nuestros sentimientos no son precarios.

¿Y no escuchais como laten los corazones de vuestros humildes discípulos? ¿no escuchais ese murmullo suave que enagena los espíritus? es el murmullo de ese insondable mar de gratitud que nacido en nuestras almas, pasa besando vuestros pies y camina al infinito.

P. BONILLA.

San Salvador, Julio 23 de 1881.

Señores:

¿En dónde podré yo encontrar una inspiracion suficiente para corresponder con dignidad á los sentimientos generosos que os han unido para venir á honrar mi humilde personalidad, por los pequeños servicios prestados á nuestra patria? De pronto, recuerdo la preciosa alegoría con que uno de los mas eminentes maestros de la civilizacion moderna significa vuestras dulces armonías en obsequio del progreso.

“La naturaleza, dijo, tiene tambien sus épocas de solemnidad, y para ella convoca músicos de todas las regiones del globo: la oropéndola silva, la paloma torcaz gime, la golondrina encaramada entre las altas ramas, desafía á nuestro mirló y á nuestro tordo que en nada se parecen á ese extranjero: vagabundos trovadores que ejecutan sonatas maravillosas, obra maestra de simplicidad y melancolía pero esa demostracion con que venis á tributarme el noble homenaje de vuestro reconocimiento, ella misma es la que me trae á la memoria el gran principio de que debo partir para declararos mi sincera gratitud al conjunto de vuestros sentimientos tan dignos de la civilizacion salvadoreña, como propios del

aprecio singular con que habeis visto el testimonio auténtico que he recibido de la nacion y de su Consejo Superior de Instruccion pública, de los esfuerzos que he podido hacer durante cerca de treinta años en la enseñanza de sus hijos.

Ese principio fecundo en bienes, elemento de las instituciones libres, es ya conocido por vosotros; y vuestra interesante presencia, me determina con inefable satisfaccion, á recordarlo con plena confianza, puesto que en él, estamos de acuerdo.

El máximum de la probabilidad de acierto en el descubrimiento de la verdad, fuente de todas las prosperidades humanas, no está confiado por la Providencia á la inteligencia aislada, sino á la asociacion de las inteligencias.

Volvamos la vista á la historia del progreso del saber en todos los ramos conducentes al engrandecimiento de las naciones, y desde luego encontraremos, en Atenas las academias organizadas por un maestro inmortal de los filósofos, en amenos jardines para hacer agradable la enseñanza de la juventud, al paso que las instituciones sábias de aquel pais, abrían el areópago á la concurrencia de los hombres de la palabra, para derramar torrentes de elocuencia en defensa de la justicia. Pasemos á Roma; y observaremos, que el Foro y los comicios desarrollaban y amaestraban á los amantes del arte sublime de Ciceron, para todos los grandes objetos del bien público; y en las naciones modernas, ¿quién ignora las ondas de luz que han salido de las Asambleas de Francia para iluminar el mundo, de las Córtes Constitucionales de España, y del parlamento Inglés para fecundizar los gérmenes del progreso universal? Los Estados-Unidos del Norte siguiendo el mismo principio vital de la asociacion de las inteligencias, desde que con tanta gloria reconquistaron su libertad sobre un terreno naturalmente llamado á la democracia, han confiado sus grandes intereses y sorprendentes adelantos, á la asociacion de las inteligencias, en sus congresos; y nosotros en nuestras constituciones, siempre llamamos al pueblo por medio de sus representantes á los grandes asuntos de la patria.

¡Cuánta razon tuvo un grande amigo de la América, un publicista liberal francés para saludarla en 1825, bajo esta preciosa forma! Admirable América: si tú te elevas sobre el mundo con el esplendor y magnifi-

cencia que señalan la vuelta diaria de aquel astro á quien habias consagrado altares, y cuya brillante imagen se distinguía en tus estandartes, como él nos trae la fecundidad con la luz, como él aun, bienhechora universal, no tienes sino rayos de oro que luzcan en el mundo: por toda arma, no necesitas mas que un escudo forjado por aquellas mismas manos que te aprestas á llenar de bienes.

De acuerdo con ese memorable saludo, solo se puede proponer la modificacion, de que en lugar del escudo que deseaba nuestro ilustre amigo para la América, ha surgido de su mismo seno esa juventud floreciente, que estimulada con los fulgores de la libertad, absorbe las luces propias de un sistema, en que solo se necesita ser hombre laborioso para participar del saber y de la virtud declarada en toda su pureza por el gefe divino de la humanidad, el Salvador del Mundo.

Tenemos, pues, en evidencia palpable la fecundidad prodigiosa del gran principio, que con todos los otros estimables concurrentes á esta grata reunion me habeis inspirado como impulsivo para la presente respuesta.

Mas no es este todavía el fin. Mucho mas debo á vuestra benevolencia.

Puesto que las puertas del templo de la sabiduría están abiertas de par en par á la sociedad entera, para que sucesivamente se vayan formando nuevos maestros, y aun derramándose los principios del bien en la generalidad, quiero recomendaros una máxima de civilizaci6n eminentemente saludable. Tal es la siguiente.

Destruid los errores, pero amad á los hombres.

En verdad: lo mas interesante al descubrimiento de los principios que deben regular nuestra conducta en todos los caminos del bien, es la confraternidad; porque las ofensas y la discordia llegan á producir el funesto efecto de obstinar á los agraviados en la negacion aun de las verdades mas patentes y fecundas en frutos preciosos para la prosperidad general.

Así tengo la dulce satisfacci6n de esperar de vuestra inteligente docilidad; ¡oh jóvenes queridos, floridas esperanzas de la patria, de este pais tan célebre en los fastos de la libertad centro-americana!

Mas permitid que la pura, la justa gratitud que inunda en este momento mi co-

razon, la tribute á vosotros y á tan apreciable concurrencia, no solo en nombre mio y de mis familias, sino tambien de Nicaragua mi patria natal mas digna que yo de vuestros homenajes. —PABLO BUTRAGO.

Una maldicion.

Era una lluviosa tarde del mes de Junio de 185. . . . Mi familia y algunos amigos formaban tertulia en una habitacion cuya puerta principal, miraba á la calle del puente colocado sobre el hermoso *Rio Grande*, que divide completamente en dos partes la risueña ciudad de Sonsonate, constituyendo la oriental, el barrio del Angel por donde pasará, probablemente, el ferro-carril que se proyecta, y la occidental el resto de la poblacion. La casa de mis padres estaba de tal manera situada, que desde sus puertas y ventanas, veíanse el puente y gran parte del mencionado barrio: esto daba ocasion á que presenciáramos considerable número de escenas, chistosas y divertidas unas, lastimosas y terribles otras. De esta última clase me permitiré referir una para enseñaanza de los apreciables lectores y de las bellísimas lectoras del muy modesto cuanto simpático periódico "La Palabra." Pero al decir *enseñaanza*, no se crea que es vanidad ó jactancia la que me guía: es una pequeña historia la que voy á narrar, como Dios me dé á entender, historia que espero sirva de leccion particularmente á los jóvenes, como á mí me ha servido, pues casi era una adolescente cuando se verificó, y no la olvidará durante su vida esta humildísima servidora vuestra, que os pide indulgencia.

Las personas reunidas vimos pasar una pareja compuesta de un hombre como de 20 años de edad y de una muchacha como de 18: el joven tenia trazas de jornalero, segun las sencillas piezas del vestido que llevaba y que se componía de un sombrero de palma, una camisa nada limpia, unos calzoncillos y los tradicionales *caites*: la joven patentizaba un aspecto enfermizo, portaba reboso muy usado, camisa blanca y enaguas de color indefinible; sus piés iban desnudos, y sobre su cabeza descansaba un cesto con algunos trapos, que parecían la sábana con que se abrigara aquella infeliz.

Una mujer, pobremente vestida, apareció de improviso ante la desventurada pareja, y convulsa, vertiginosa, demostrando una

ansiedad fatal en sus facciones, fijó en ella su penetrante mirada y exclamó con acento aterrador: "¡Véanlos! . . . ¡Así pensé encantrarlos! . . . ah! hija ingrata, cuando ese perverso te abandone, vas á acordarte de mí; pero entónces ya no te perdonaré! Hija indigna, *maldita seas!* Yo, que soy tu madre, te maldigo: espero en Dios que te has de ver desamparada en un camino real, *maldita* del Espíritu Santo! Espero de su Divina Magestad que te ha de llegar la hora de la muerte sin que tengas ni quien te diga "Jesus te ayude:" sola has de morir puesto que sola has dejado á tu madre."

Como estas exclamaciones las hacía con agitacion creciente, al fin no pudo mas, los sollozos la ahogaban y era un desconsuelo tan grande el de la desgraciada madre, que la mia se llegó á ella ofreciéndola socorro.

—Oh!, mi señora, contestó la favorecida, U. sabrá lo que me pasa.

—No, amiga, cálmese U.: no se agite mas haciendo tan tristes recuerdos.

—Imposible; *su mercé* me permitirá hacerla mi confidente: de otro modo me haría un mal, quiero desahogarme.

Como los esfuerzos de mi madre fueron vanos, tuvimos que escuchar la siguiente narracion.

Tenía una hija que era mi única alegría; esa misma que U. habrá visto pasar en compañía de su criminal seductor, de ese hombre infame que es mi condenacion; de ese malvado que, despues de perseguirla con horrible empeño, concluyó por hacerla suya. Sí! los acabo de ver juntos. . . . Jesus me valga. . . . no sé qué siento. . . . la sangre me hierve y quisiera morir! Ah!, mi señora, y no es para decir que yo no la aconsejaba ni la cuidaba: era el objeto precioso de mis desvelos; pero esta desagradecida estaba enferma y yo, en medio de la miseria, pedia prestado por aquí un real, por allá otro para que nada le faltase; mas quiso la fatalidad que saliera yo á comprar un remedio para curar sus dolencias, remedio que fué el mas activo veneno para matar mi tranquilidad. Para no demorarme ocurrí á la botica mas próxima; pero cuando volví á mi casa ya no estaba en ella la que hoy me arranca estas lágrimas. y la acongojada mujer prorrumpió en un llanto tan desgarrador que nos causó sérios temores por su vida.

Mi madre rogó á aquella infeliz que no

maldijera á la descarriada jóven que mas bien merecía su perdon, y que la tendiese una mano maternal echando el velo del olvido sobre sus pasadas faltas.

—Sí: la perdono, contestó, porque soy cristiana; pero ya no la veré mas, no la veré porque la he maldecido y la maldicion de una madre caerá sobre la culpable.

Han pasado siete dias. A la hora en que el crepúsculo de la tarde comienza á desaparecer para dar paso á las sombras de la noche, se presenta en la casa en donde dimos principio á nuestro pálido escrito, el caballero Don Isidro Saravia, apreciable español que administraba la hacienda "San Antonio" distante una legua de la ciudad de Sonsonate.

Al entrar, su rostro nos reveló una desgracia; pero nuestra ansiedad no se prolongó mucho tiempo porque él exclamó, en vez de saludar:

—Vengo horrorizado. Recuerdan UU. á la jóven á quien maldijo la madre en un lenguaje tan vulgar como enérgico? Hace un momento venia yo de la hacienda y, á la mitad del camino, se presentó á mis ojos un objeto; á su vista, mi mula se resistía á pasar; entónces desmonté y acercándome al bulto, ví nada ménos que una muchacha muerta en un rebozo raído, y era la misma jóven á quien, en nuestra presencia, maldijo la autora de sus dias.

La maldicion de la madre habia producido sus efectos. Quedé profundamente afectada y desde entónces me causa horror esa palabra que siempre está en boca de las personas que, no abrigando en su pecho ni la menor caridad, la profieren hasta por un motivo insignificante.

Queridísimos lectores: procurad no merecer la maldicion de vuestros padres. Sed buenos hijos, que, de otro modo, no podreis ser buenos hermanos, buenos esposos y, en fin, nada bueno. Y vosotros, padres de familia, en vez de maldecir á vuestros hijos, rogad á Dios por ellos y otorgadles vuestro paternal perdon por sus faltas, así como deseo que me otorgue el suyo quien haya tenido la paciencia de leer mi pobre escrito.

BEATRIZ.

San Salvador, Julio de 1881.

SECCION POETICA.

EL HOGAR.

I.

El recuerdo de la patria
 Tiene un encanto infinito
 Para el alma del proscrito,
 Que en su ilusion se figura
 La hermosa
 De sus claros horizontes,
 Y sus valles y sus montes
 Que imagina visitar
 En paseo solitario,
 Divisando el campanario
 De la Iglesia del lugar.

Imagina, con delicia,
 Los sitios que con cariño
 Recorriera siendo niño,
 En bulliciosa alegría,
 Y, á porfía,
 Se complace en las memorias
 De las dichas ilusorias
 De su infancia, que, al pasar,
 Dejaron en su alma pura
 El tesoro de ternura
 Con que recuerda su hogar.

Las dulzuras inefables
 Que esa palabra derrama
 En el seno del que ama
 La belleza y la poesía,
 La magia
 Tienen del cantar del ave,
 Que con su trino suave
 Causa celeste ilusion,
 Revelando en sas gorjeos
 Los ardorosos deseos
 De su amante corazon.

¡ El hogar ! expresion grata
 De felicidad suprema,
 Conciso, armonioso poema
 Que sintetiza la historia
 De la gloria
 De un perdido Paraiso:
 Que, con misterioso hechizo,
 Mitiga el insano ardor,
 Que, ofuscando el pensamiento,
 Extraviara al sentimiento
 En la efusion del amor.

Todo un mundo de ilusiones
 En esa expresion se encierra;
 A tal punto, que en la tierra
 No puede encontrar el hombre
 Otro nombre,
 Por melodioso que sea,
 Que simbolice la idea
 De tan dulce realidad,
 Pues no puede, con su ciencia,
 Alterar la pura esencia
 Del amor y la verdad.

¡ El hogar ! es el santuario
 Donde el corazon adora,

Lleno de fé redentora
 Y de esperanza sublime,
 Donde gime,
 Suspirando tierno y pío,
 Al contemplar el vacío,
 Que han dejado, en derredor,
 Los séres que, desde el cielo,
 Quizá escuchan con anhelo
 La plegaria del dolor.

II.

Tal vez no hace cinco lustros
 Que el mundo sabía apénas,
 Que en la falda de un volcan
 De los Andes existiera,
 Humilde, feliz, tranquila,
 Una poblacion pequena,
 Encomendada á la guarda
 De la que es de Dios Abuela:
 Ignoraba que las galas
 De perpétua primavera,
 Que ostentaban sus campiñas,
 Sus bosques y sus florestas,
 Serian, despues de poco,
 Manantial de su riqueza;
 Y aun sus mismos habitantes,
 Sin imaginar siquiera
 El prodigioso adelanto
 De la sociedad moderna,
 No pensaban que en el centro
 De sus fértiles praderas,
 Mirarian, con trasportes
 De alegría y de sorpresa,
 Levantarse la ciudad
 Opulenta, altiva, bella,
 Que ahora ocupa los lugares
 De la primitiva aldea.
 Ahora apénas se conoce
 Lo que ántes mi pueblo fuera,
 Pues el tiempo inexorable
 Por todas partes la huella
 Ha dejado señalada
 De su rápida carrera:
 Solo existe como siempre,
 De innovaciones exenta,
 La casa de mi familia
 Que, en su sencillez severa,
 Del pasado las reliquias
 En su interior me conserva,
 Y mil objetos que son
 Del corazon dulces prendas.

III.

La Providencia divina,
 Como la madre que tierna
 Junto á la cama de su hijo
 Con afan sublime vela,
 Y le prodiga sus mimos,
 Y con su fortuna sueña,
 Constantemente sus dones
 Con profusion me dispensa,
 A pesar de ser mi vida
 Interminable cadena
 De frecuentes extravíos,
 De ingratitudes sin cuenta;
 Y uno de los beneficios
 Que de la Bondad suprema
 He recibido es, sin duda,
 Que de la casa paterna

Me ha conservado el asilo,
Para que el consuelo tenga
De reposar algun día
Bajo su techumbre añeja.
Los exquisitos cuidados
De la piedad que venera
La memoria de los muertos,
Con solicitud extrema
En un templo han convertido
Ese hogar que, con tristeza,
Me hizo abandonar la saña
De mi suerte siempre adversa:
¡Ojalá que compasivo
El cielo me concediera
Que en en ese hogar terminase
Mi desgraciada existencia!

JUAN JOSÉ BERNAL.

N. San Salvador, 1878.

AL DOCTOR PABLO BUITRAGO,

á nombre de la Sociedad Literaria "La Juventud."

(Julio 23—1881.)

Interpreto á mis hermanos.
Señor; . . . ¡y cómo quisiera
Que mi voz el eco fuera
De afectos tan soberanos!

¡Con qué justa emulacion
Desearía en este instante,
Poder daros, palpitante,
Su respeto y su adhesión!

Ellos ayer me dijeron
Que os diera afectos debidos,
Y al decirlo, agradecidos,
Nobles lágrimas vertieron.

"En la modesta ovacion
En que el sábio obtiene palmas,
Ofrécele nuestras almas,
Nuestro aprecio y sumision!"

Así dijeron, Señor,
Al enviarme á vuestro hogar
Aquellas almas sin par
Nacidas para el amor.

Y yo lo cumplo! pues siento
Que mi corazon palpita
Y en mi cerebro se agita
Conmovido el pensamiento!

El maestro! . . . si buscára
Palabras para elogiarlo
Y frases para admirarlo,
En el alma no encontraría.

Cuanto bueno hay en el mundo
Brotó de su inteligencia;
Que hizo luz en la conciencia
Su pensamiento fecundo.

Le debe la humanidad
Su grandeza y su poder,
Y los esclavos de ayer
Su primera libertad.

Cuando la ignorancia impía
Sorprende á las sociedades
Y envuelve las facultades
En su noche negra y fría;

Entónce aparece un hombre
Que ardiendo en fuego divino,
Enseña al pueblo el camino
De la ventura sin nombre.

A su voz, viene la calma,
Huyen nubarrones fieros
Y se puebla de luceros
El firmamento del alma.

Maestro, decidme vos
Si es cierto lo que yo digo:
Cada sábio es un testigo
De que el primer maestro es Dios!

Dios!, de cuyos dulces lábios
Brotó luz, amor, verdad,
Y enseña á la humanidad
Valiéndose de los sábios! . . .

¡Cuán justa ovacion alcanza,
Señor, vuestra alma querida:
¡Gran victoria conseguida
Sin férreo escudo ni lanza!

No admiran hoy las naciones
La gloria de los tiranos;
Son grandes los ciudadanos
Por su ciencia y sus acciones.

Hoy el saber es la ley;
La virtud, merecimiento;
Noble título, el talento,
Y solo el sábio es el rey!

En la cátedra se entrona,
Y la escuela es su palacio;
Dominios . . . tierra y espacio;
Gratitud, régica corona!

Hoy la patria juventud
Que de vuestro honor blasona,
Os ofrece una corona
De cariño y gratitud.

En esta noche de gloria,
En que amor su pecho inflama,
Os aplaude y os aclama
Por vuestra inmensa victoria.

Y al rumor de los ufanos
Aplausos de estos hogares,
Yo os ofrezco mis cantares
En nombre de mis hermanos!

Y en medio de la emocion
Que hoy domina á nuestras almas,
Yo os presento como palmas,
El alma y el corazon!

J. MÉNDEZ.

San Salvador.

LA PRENSA.

(Al Director de "La Palabra.")

(Concluye.)

Pero no basta marchar, es necesario ir adelante, saber bien en qué direccion es preferible, ó mejor dicho, es indispensable dirigirse, porque en eso está toda la cuestion. En efecto, moverse, no basta para

conseguir el progreso: agitarse sin avanzar, constituye un movimiento inútil, sin provecho ninguno; fatigarse indefinidamente en la sombra, es un movimiento maquinal, indigno del género humano.

Es necesario, pues, tener siempre un objeto, saber á donde se quiere llegar, proporcionar el esfuerzo al resultado apetecido, y hacer de modo que en cada paso que demos, se halle una idea, que un paso se encadene lógicamente con otro, que despues de la idea se busque la solución, evitando, en lo posible, el retroceso. La indecision en el movimiento, indica generalmente el vacío del cerebro, la nulidad del hombre. Querer el adelanto y no buscar los medios de conseguirlo, es miserable. Quien vacila, retrocede; el que titubea, es culpable ante la sociedad, porque todos debemos llevar nuestra piedra al edificio, es decir, consagrarnos al progreso, al mismo tiempo que debemos procurar la conservacion de las instituciones y dar ejemplo de respeto á las leyes y de obediencia á las autoridades constituidas.

Repetiremos aquí lo que digimos en otra ocasion: la prensa es indudablemente uno de los principales bienes que posee nuestra época; ella ha contribuido mucho al adelanto general; es el elemento mas poderoso de civilizacion; pero no se debe olvidar que en ciertos casos y en ciertas manos, puede ser mas que perjudicial, puede ser una arma terrible.

Si el patriotismo, la moral, la verdad, inspiráran siempre los escritos que reproduce la prensa, habria que bendecirla; pero, desgraciadamente, no siempre es así, y la prensa es como ciertas sustancias que producen buenos resultados y constituyen remedios benéficos cuando se emplean de un modo conveniente, pero que en ciertos casos obran, al contrario, como verdaderos venenos y hasta pueden matar.

Basta esto para hacer comprender que se debe usar y no abusar de tan precioso agente.

¿Cuál es el mejor auxiliar del hombre de bien, del ciudadano íntegro, del verdadero patriota? ¿Cuál es su mas preciosa garantía? La prensa. . . ¿Cuál es el espantajo, el terror del hombre que obra mal, del culpable, del mal ciudadano? La prensa, siempre la prensa. ¿Cuál es, en fin, la mejor garantía del orden y de la tranquilidad pública? La prensa, toda vez que se comprende su verdadera mision, es decir, cuando no se abusa de ella para provocar desórdenes, trastornos, &c.

Por eso es que, á veces, ese poderoso instrumento de civilizacion y de adelanto, ese Argos de los mil ojos siempre abiertos, no se aprecia y hasta desagrada. Nada mas natural, eso se concibe fácilmente; pero eso mismo, es un gran motivo para hacerlo apreciar y estimar mas.

Muy á menudo la prensa, cuando defiende los principios de ór.en y de moral, que son los fundamentos primordiales sobre que descansa la sociedad, se vé denunciada, insultada, injuriada. ¿Por qué? porque es el faro luminoso de la verdad, y la palanca mas segura para impulsarnos hácia la civilizacion, hácia el progreso.

¿Dónde vá, hasta donde se dirige esa potente é inmensa locomotora? ¿Dónde llevará á los pueblos ese poderoso remolcador? El camino que tiene todavia que recorrer es largo y oscuro. Se puede decir que la humanidad se halla todavia rodeada de tinieblas, por cuanto la materia la envuelve aún, y los errores y las preocupaciones tienen fuerza y raíces profundas.

Una gran parte de la historia queda todavia oscura. Algunas veces, es verdad, se puede percibir en ella un rayo de verdadera luz. Y hoy, en el siglo XIX, despues de la revolucion francesa, hay no solo esperanza sinó certidumbre de progresar.

En efecto, allá en lontananza, delante de nosotros, se deja percibir un punto luminoso que va tomando á cada instante mayores proporciones. Es el porvenir, es el alba, es Canaan, es la tierra futura donde cada uno encontrará solo hermanos alrededor suyo, y encima, un cielo puro y radiante.

Valor y ánimo diremos, entonces, á la locomotora, valor y ánimo á la prensa. Honor á la ciencia, respeto á la filosofia. Se aproxima la hora en que, gracias á los esfuerzos combinados de ambas, la humanidad despertará por completo de su pesado sueño de 6000 años, estremeciéndose al verse bruscamente en frente del ideal tanto tiempo buscado, al sentirse iluminada y regenerada por sus rayos vivificantes.

T. L.

San Salvados, Junio de 1881.

Algo acerca de la fiesta del Salvador.

Tal vez nuestras palabras no merezcan atencion ninguna, tal vez no sean escuchadas, pero deseamos el adelanto del país, su civilizaciou y cultura, de quienes sirven de me-

dida las costumbres prácticas de sus habitantes; y así indicamos las mejoras que creemos indispensables impulsados por el patriotismo. Los hábitos atrasados han ido desapareciendo de todos los pueblos á medida que en ellos se esparcen los progresos humanos.

Y nosotros progresaremos?

El acto de celebrar con demostraciones públicas el día del Santo que adoptan por Patron las poblaciones todas de la tierra varían segun las circunstancias de adelanto, recursos y creencias de los lugares.

Entre nosotros el día de la Transfiguración del Salvador se celebra con una procesion en que en un carro costoso, preparado de diversos é ingeniosos modos, es conducido en hombros desde el Calvario hasta la plaza mayor; y para su construccion las ocho secciones en que está dividida la Capital concurren una en pós de otra en los días anteriores á dejar su contribucion pecuniaria, lo que se hace en forma de *entradas*.

Esta clase de reuniones creemos son una consecuencia necesaria de la sociabilidad inherente á todo ser humano; pero deben yá proscribirse de ellas algunos actos ridículos y peligrosos.

Ridículas, son algunas mojigangas que recorren en caballos la poblacion, al medio día, de las cuales apartan con disgusto la vista aun las gentes amigas de los *viejos*.—

No nos referimos á los curiosos disfraces é ingeniosas imitaciones con que se censuran algunos abusos, porque todo esto algo divierte.

Peligrosas, son la profusion con que se arrojan bombas y cohetes entre la concurrencia y las granadas que se queman en las esquinas de la plaza, todo lo que ha ocasionado muchas desgracias.

En las fiestas que ya han comenzado es probable que ocurran algunas en vista de los preparativos hechos, entre los cuales, sea dicho de paso, está la *barrera* para las corridas de toros, dispuesta por los Señores Mayordomos de la fiesta.

Á propósito, en un artículo publicado en el número 49 de "La Linterna", censurando las tiradas de patos, vimos citada una ley que prohibe las corridas de toros. ¡Que sabe el articulista de "La Linterna" de leyes, progreso, ni civilizacion! Que se acerque á la *barrera* y verá que lo de los toros, tal como se acostumbra entre nosotros, no es una *barbaridad*; principalmente si el in-

terior de aquella está empedrado para mayor comodidad de los toreadores, que no suelen ser sinó los imprudentes ó algun poseido de licor, cuyas costillas ván á ser muy bien recibidas oportunamente.

En vista de todo no puede negarse que progresamos.

Pero aunque todo importe poco á los Señores encargados de la conservacion y exhibicion de añejas costumbres, decimos:— ¡Abajo las corridas de toros! ¡Mueran las mojigangas ridículas! ¡No mas granadas ni bombas!

TORIBIO TORUÑO.

Julio de 1881.

COSAS DEL TIEMPO.

Beatriz.—Nuestra apreciable y buena amiga que oculta su verdadero nombre con el que principian estas líneas, nos favorece con el pequeño trabajo "Una Maldicion", que figura en otro lugar de este número. La escritora es la misma que colaboraba en "El Universo", "La Prensa" y otras publicaciones de la Capital. Habia guardado silencio, pero "La Palabra" la ha hecho volver á tomar la pluma. Beatriz no debe pedir la indulgencia que implora. Injusticia grande sería exigir un trabajo perfecto á nuestro bello sexo, cuya instruccion ha sido objeto del mas criminal desprecio. Mucho hace el sexo de nuestro amor con olvidar la moda extravagante y las insustanciales lecturas, que llenan la cabeza de humo y de insoportable orgullo, para consagrarse al cultivo de la literatura. Señoritas hay que, contando con preciosos elementos para dedicarse á este ramo, tiemblan ante la idea de publicar sus producciones, temiendo la viperina lengua de los *Larras* noveles; pero ellas se olvidan de que entre nosotros nada hay, aun lo mas santo, que no sea objeto de burla. Por nuestra parte, tenemos la firme resolucion de dar cabida en nuestras pájinas á las producciones de nuestras bellas porque en ello vemos un medio de alejar su infundada timidez.

Mientras tanto:

Siga escribiendo Beatriz
Con primor y donosura
Y no doble la cerviz
Ante el crítico infeliz
Que hasta lo bueno censura.

Una farmacia.—La que se ha establecido en esta Ciudad como sucursal de la GRAN FARMACIA DE SIERRA Y C^{ta} en Guatemala, se hace recomendable. Las buenas dotes del jóven Lic. Don Manuel Palomo, Director del Establecimiento, que adquirió mucha práctica en la acreditada Botica de Sierra y C^{ta} en la vecina República, la amabilidad y expedicion de los practicantes y la excelente calidad de las medicinas, son una garantía de la nueva farmacia que girará bajo el nombre *M. Palomo y C^{ta}*

ABELARDO ROSCELINI.

IMPRESA DE "EL COMETA."
Calle del Comercio—Plaza de San José.